PRESENCIA

COMPLICIDAD DE CIERTO NACIONALISMO EN LA PROPAGACION DEL COMUNISMO

En nuestro último editorial denunciamos la confabulación de Occidente en la entrega de Cuba al comunismo. El Occidente, y de modo especial los organismos-clave de los Estados Unidos, se han dejado copar por el comunismo, de suerte que, lejos de ofrecer una fuerte y eficaz voluntad de lucha contra su propagación, se han constituído en focos de su irradiación. El caso de Cuba ofrece el ejemplo más típico y reciente de una serie de hechos que se vienen produciendo en forma invariable desde la ayuda que la Banca judío-americana de Kuhn, Loeb and Co. en la persona de su director-gerente, Jacobo Schiff, empezó a prestar a comienzos de siglo en 1905 al comunismo de Lenin para envenenar al pueblo ruso. Por ello ha cobrado fuerza la tesis, común hoy, de que el comunismo se propaga en el mundo por la acción conjugada del gran capitalismo internacional y del centro mundial de la Revolución Social.

Con dinero, propaganda y espías que lo corrompen todo, el comunismo cambia sus planes estratégicos de acuerdo a los diversos períodos históricos. La generación de los que han actuado hasta 1947 y que han sido testigos de la segunda guerra mundial debe recordar cómo la propaganda comunista se hacía en todas partes "contra la reacción" y "contra el fascismo". Durante la segunda guerra mundial el comunismo llegó hasta aliarse con el capitalismo en un frente único de lucha contra el fascismo, y durante ese período todos los esfuerzos de la propaganda roja fueron dirigidos exclusivamente a luchar contra todas las formas de nacionalismo, fueran éstas del tipo de *Action Française*, o del fascismo italiano, o del nazismo, o del movimiento de liberación nacional de España. "Esta situación de hechos, escribíamos en PRESENCIA, 9.3.51, explica por qué los liberales en países como el nuestro adoptaron una actitud de simpatía con la Rusia soviética, y en cambio los elementos más o menos nacionalistas se mostraron con ella en actitud de irreconciliable hostilidad".

La política "nacionalista" del Kominform

"Aunque en 1944 comenzó a insinuarse un cambio de política internacional en el comunismo, éste no se afirmó claramente sino en setiembre de 1947, cuando los nueve delegados de Potencias comunistas o comunizantes reunidos en Varsovia resolvieron iniciar la nueva política del Kominform. Las grandes líneas de ésta fueron trazadas por el delegado de la URSS, Andrei Dzanov, en el informe que leyó en esa ocasión, y que se conoce con el nombre de «Declaración de Varsovia»". (PRESENCIA, *ibid.*).

En dicha declaración se presenta a los Estados Unidos iniciando "una nueva carrera abiertamente conquistadora y expansionista" en procura de la "dominación mundial", mientras "la U.R.S.S. y los pueblos de la nueva democracia, a los que se han añadido, además, Indochina, el Viet-Nam, la India, y también Egipto y Siria como simpatizantes, luchan por la paz democrática.. por los principios de la igualdad de derechos y del respeto a la soberanía de los pueblos, por la reducción de armamentos y por el control de todo género de armas grandemente destructivas, destinadas a exterminar a la población pacífica" (PRESENCIA, 9.3.51).

De entonces aquí, el comunismo, con sus nuevos planes estratégicos, viene ganando posiciones en todo el mundo con su dialéctica principal de lucha contra el "imperialismo". No sólo en Asia y Africa, sino ahora en Latinoamérica con la bandera del antiimperialismo está conquistando vastas simpatías en todas partes. Y el nacionalismo que entre nosotros había mantenido una fidelidad ejemplar a la causa de la Iglesia y de la Cristiandad, desde entonces acá se ha dejado atrapar por la engañosa y seductora dialéctica comunista que opera favoreciendo sobre todo lo que en un artículo clarividente calificamos de "nacionalismo marxista" (PRESENCIA, 23.12.1949), y que hoy también se llama nacionalismo de izquierda.

La corriente del nacionalismo marxista empezó a manifestarse, al menos con cierta fuerza entre nosotros, allá por 1949 movilizada principalmente por Rodolfo Puiggrós y Abelardo Ramos. El libro de este último "América Latina: un país" contribuyó en ese momento a dar un impulso fuerte al movimiento comunista que habría de abrirse camino "hacia los Estados Unidos Socialistas de América Latina". El grupo de "Argentina de hoy" habría de divulgar, por su parte, el nacionalismo marxista, que interpretaba las banderas del justicialismo dentro del materialismo dialéctico. El hecho es que por la influencia de éstos y otros factores el campo nacionalista comenzó a ser envenenado cada vez más por el comunismo. Hoy podemos distinguir en el nacionalismo que cae en la órbita marxista tres grados, que hemos de clasificar de la siguiente manera: Primer grado: el del nacionalismo marxista propiamente dicho, es, a saber, de comunistas confesos que utilizan los tópicos nacionalistas. Segundo grado: el de grupos nacionalistas no-comunistas, instrumentados de manera más o menos franca por comunistas que se dicen "nacionalistas". Tercer grupo: el de criptocomunistas, que desarrollan su campaña política a base de la dialéctica de lucha contra el imperialismo. Todos estos grupos se van a caracterizar en definitiva por su posición favorable a la Revolución comunista de Fidel Castro.

Para comprender la caracterización que hemos de hacer inmediatamente, hemos de saber que en política lo importante son *los hechos* que determinan comportamientos de grupos sociales. De nada vale que uno se confiese no comunista si luego en su comportamiento público asume actitudes que importan el desarrollo del comunismo. Este tal, aunque no le guste, debe ser clasificado como comunista. Comunista por su acción. Lo será más o menos consciente, quizá convenga llamarle idiota útil, pero para el efecto práctico será *comunista porque desarrolla comunismo*.

Este principio debe ser tenido presente en la cuestión de la Revolución de Cuba. Existen personas o grupos que no quieren ser comunistas del comunismo soviético. Un caso típico representativo es el de Alfredo L. Palacios. Pero luego están con la Revolución de Cuba, con la Revolución *concreta* como ella se ha desarrollado y se desarrolla. Y es evidente que en esto se comportan contradictoriamente. *Porque la Revolución cubana es en concreto la Revolución comunista soviética implantada por el comunismo soviético en Cuba para que de allí se abra paso y se introduzca en toda Latinoamérica.*

Es contradictorio, en efecto, repudiar el comunismo soviético que está allá en Rusia y en cambio aceptar y querer ese mismo comunismo soviético que está sobre nuestras cabezas. No importan las razones que se esgriman para justificar esta actitud. Si se le acepta y se le quiere, se hace comunismo; y quien hace comunismo, es comunista. El problema de la lógica de pensamiento y de vida en ese individuo es cuestión personal que él debe resolver también personalmente. En política lo que vale son las actitudes y los hechos, y quien hace comunismo es comunista en la medida en que lo hace. Vayamos ya a la caracterización de los grupos que con el nacionalismo hacen comunismo.

Primer grado: el del nacionalismo marxista, propiamente dicho

Este nacionalismo marxista ha sido claramente expresado en los ocho números de "Política" que publicó este año Jorge Abelardo Ramos. También se halla suficientemente expresado en "Frente Argentino", que es el órgano oficial del Movimiento Popular Argentino, y en el Movimiento de Liberación Nacional (M. L. N.), cuyo pensamiento lo traducía "El Popular", ya extinguido, de Ismael Viñas.

En el número 1 de "Política", del 28.2.61, se expresa claramente esta posición: "Estamos hoy —se dice allí— donde estuvimos siempre: al servicio de una política para la clase obrera, para el país y para América Latina. Las condiciones maduran rápidamente para que esa política encuentre el cauce histórico de un partido obrero y popular de masas. Ese partido, hoy o mañana —los ritmos los indicará la realidad misma—, no podrá fundarse sino como una síntesis dinámica de las tres grandes tendencias que nuestro país ha producido: en primer lugar, el poderoso peronismo obrero, heredero legítimo de todos los movimientos de masas en la historia argentina, jalón insustituíble en la educación política del proletariado criollo; el frondizismo,

expresión que fué de la juventud pequeño-burguesa que derivaba hacia un nacionalismo democrático; las corrientes del pensamiento marxista que a través de su larga y rica historia habrán de fundirse en el gigantesco torrente destinado a remodelar la sociedad argentina".

Como se ve, este nacionalismo marxista basa su política sobre la aglutinación de peronismo y radicalismo bajo el comunismo como aglutinante. Con esta fuerza popular en maduración prepara la revolución social que tiene su modelo en la Revolución cubana. De aquí que la Revolución de Cuba sea defendida como el ejemplar de las revoluciones de Latinoamérica, y con esta Revolución se ha de defender también el principio de no-intervención. "Hoy más que nunca —leemos en el número del 28.2.61— es imperioso mantener inflexible el principio de no intervención. Pero la no intervención debe ser activa, debe incluir la intervención contra los intervencionistas, el repudio práctico a los fabricantes de invasiones armadas, el rechazo de toda medida de discriminación económica y política". ¡Curiosos estos comunistas que defienden el principio de no intervención para defender a Cuba *intervenida y dominada* por el comunismo soviético!

Otro punto de estos comunistas nacionalistas lo constituye la defensa de la "legalidad" de Frondizi, su oposición a todo golpe y la crítica de lo que capciosamente llaman nacionalismo "aristocrático" de "Azul y Blanco".

Segundo grado: El de grupos nacionalistas no-comunistas instrumentados de manera más o menos franca por comunistas que se dicen "nacionalistas"

Este punto es un poco delicado porque afecta a grupos o a personas que con seguridad no quieren ser comunistas. Pero sea porque no saben qué es el comunismo, y sobre todo porque no saben cómo trabaja el comunismo, no han atinado a oponerse con firmeza y eficacia a su penetración y han caído —quizá sin saberlo— bajo su influencia. Si uno no se opone al comunismo, puede fácilmente —sin ser comunista— trabajar para el comunismo. El comunismo casi siempre trabaja a base de la dialéctica. La dialéctica, a su vez, hoy en nuestros países, opone los antiimperialistas contra los imperialistas. Si se entra en este juego se puede trabajar para el comunismo sin ser comunista. ¿Y cómo se entra, o mejor, cómo hacen los comunistas para que un grupo no comunista entre en este juego? Aquí convendría explicar lo que se llama *la técnica sociológica de penetración comunista.*

¿En qué consiste dicha técnica? Cuando los comunistas se proponen llevar a su órbita y utilizar un grupo de interés no-comunista, no pretenden de primera intención convertir al comunismo a los que concurren a dicho grupo. Les basta introducir una célula en dicho grupo, o poner un comunista sagaz en contacto con los que manejan dicho grupo para *hacer practicar* la dialéctica comunista a dicho grupo. De esta manera dicho grupo, sin ser comunista, quedará *bajo el campo operativo del comunismo,* convirtiéndose en un foco de irradiación de comunismo entre no comunistas. Así lo han hecho de un modo típico con el Instituto de Investigaciones Históricas Juan M. de Rosas, debido a que los que tienen la responsabilidad del Instituto no se han opuesto con energía a la entrada y actuación de reconocidos comunistas.

Vamos a señalar *seis hechos* que ponen de relieve el nacionalismo marxista a cuya órbita se ha dejado atraer el Instituto.

1º. Es notorio que las dos personas que prácticamente manejan el Instituto han tenido hasta hace muy poco tiempo —si todavía no lo siguen teniendo— frecuentes y habituales encuentros con los destacados comunistas Rodolfo Puiggrós, Abelardo Ramos y Hernández Arregui. Esto crea una comunidad de mente y espíritu que va haciendo la idea de que entre el comunismo y el auténtico nacionalismo pueden establecerse puntos de contacto y objetivos comunes, cosa totalmente falsa. Porque el comunismo es por esencia destructor de toda tradición nacional.

2º. Comunistas reconocidos y confesos han ocupado la tribuna del Instituto. Así Eduardo B. Astesano, que habló el 18.4.59.

3º. Reconocidos comunistas —por hoy preferimos no dar nombres— concurren como contertulios habituales al Instituto y contribuyen a crear un ambiente de *nacionalismo marxista*, que es hoy ya la característica propia del Instituto.

4º. La actuación destacada que en él tienen antiguos nacionalistas católicos que luego se han convertido en voceros del *nacionalismo marxista*, tanto en la extinguida publicación de ese nombre de algunos años atrás como en "El Popular".

5º. La actuación del que puede considerarse autoridad máxima en el Instituto, quien se declara "empeñado en la tarea de hacer rosistas a los comunistas, se confiesa partidario de Cuba comunista y reconoce como posición de un nacionalismo legítimo la de China comunista".

6º. Las reuniones frecuentes que hasta hace poco se realizaban en el Instituto, al margen de las oficiales, y que eran de franco corte comunista.

De todo ello surge que el Instituto Juan M. de Rosas, de Buenos Aires, ha llegado a convertirse en un foco de captación comunista en el elemento que de buena fe acude a él en busca de revisionismo y nacionalismo. La reivindicación de la ilustre figura del Restaurador ha sido entregada para su utilización a la insidiosa propaganda roja. He aquí el hecho.

El otro caso significativo de instrumentación de un grupo nacionalista por el nacionalismo comunista es el del grupo "Tacuara". Este ha sido considerado un grupo de nacionalismo católico que entre los jóvenes católicos de los colegios secundarios reclutaba el fuerte de sus elementos. Pero desde hace aproximadamente año y medio se ha dejado influir por corrientes marxistas. Ello determina la penetración de una mentalidad "izquierdista - filocomunista" que se manifiesta luego en doctrinas y consignas sospechosas, tales, por ejemplo, la de la "propiedad comunitaria" y la de la sustitución del Ejército por milicias populares. El caso típico lo constituye la posición de "Tacuara" frente a la Revolución cubana. Es claro que Cuba ha caído por el engaño y la intriga bajo las garras del imperialismo bárbaro del comunismo soviético. Fidel Castro ha actuado en todo el proceso como agente y por encargo del comunismo. El comunismo es un intruso que tiene por la astucia y por la fuerza bajo su dominación al noble pueblo cubano. El comunismo ha aprovechado para su operación las justas reivindicaciones del pueblo de Cuba por su total independencia económica y política. Los ha aprovechado de mala fe para implantar la esclavitud bochornosa y criminal del comunismo.

Pues bien, ¿qué corresponde hacer ante esta intrusión? Desalojar al intruso con la fuerza recurriendo a la ayuda eficaz de aquel que pueda proporcionarla. Ahora bien, ¿qué opina "Tacuara" de la acción por desalojar a este intruso? ¿Cómo la califica? Leemos en el "Boletín Informativo Tacuara" de abril-mayo 1961: "El Movimiento Nacionalista Tacuara manifiesta su total repudio ante la descarada agresión armada contra la nación cubana".

Es cierto que "Tacuara" repudia, asimismo, *en las palabras* "la ingerencia del imperialismo soviético que busca utilizar en su provecho las justas ansias de soberanía y justicia social de los pueblos hispanoamericanos". Pero ¿de qué vale repudiar con palabras este imperialismo que se ha adueñado por el engaño y por la fuerza del pueblo cubano si se le niega a éste el derecho de hacer efectiva su liberación recurriendo al único medio que es la invasión, invasión que a su vez no puede hacerse efectiva sin la ayuda de poderosas fuerzas que sólo en el caso pueden proporcionarla los Estados Unidos?

En un momento en que el comunismo toca ya y ocupa el suelo de Hispanoamérica, la juventud católica y nacionalista, que debía estar en línea de combate, queda *paralizada* y no atina sino a puras declamaciones verbales. El comunismo los ha anulado y vencido antes de luchar.

Podíamos incluir en este tercer grado a numerosos y diversos grupos y personas que al practicar un nacionalismo puramente económico o político son fácilmente atraídos y utilizados por el comunismo. Ejemplo de esto los numerosos colaboradores de semanarios o de editoriales del nacionalismo de izquierda que son conocidos y prestigiosos valores del campo nacional.

Tercer grado: el de criptocomunistas que desarrollan su campaña política a base de la dialéctica de lucha contra el imperialismo

En este tercer grado nos referimos concretamente al caso de Rogelio Frigerio, a quien calificamos de criptocomunista, no porque no sea comunista, sino porque *no actúa* en tal carácter abiertamente: es un antiguo comunista que forma con Machinandiarena, Hojvat y Aragón una célula que viene actuando desde los días de su paso por la Universidad, pero que desde hace un par de años quiere hacerse pasar por "nacionalista progresista". Como hemos expuesto en nuestro editorial del 12.5.61, Frigerio se ha hecho especialista en la dialéctica comunista, sabedor de que es por medio de ella cómo se propaga rápidamente el comunismo. Piensa y actúa dialécticamente. En un artículo reciente, de "El Observador", Boletín 1, pág. 5, publicación que le pertenece y que le hace campaña, aplica la ley dialéctica de transformación de la cantidad en calidad a la alianza nacional de peronistas y radicales del 23.2.58.

Frigerio, que dispone de un gran poder político y económico, hace comunismo aparentando hacer nacionalismo. Ejecuta en los hechos de la política argentina lo que en el campo teórico enseñan los nacionalistas marxistas del primer grado, a que nos referimos más arriba. Realiza la aglutinación de peronistas y radicales bajo el aglutinante del marxismo. Esta aglutinación la elabora con la aplicación de la dialéctica del imperialismo-antiimperialismo que aplica al país en gran escala. Por ello él concertó la política de entrega y de hambre del Fondo Monetario Internacional que luego hizo aplicar por un "idiota útil", un conservador como Alsogaray. Por ello, después de crear el ambiente propicio para un imperialismo exacerbado, explotó el brazo antiimperialista recurriendo a la conjunción electoral de peronistas y radicales, y a la digitación de la C. G. T. Tuvo éxito en anular al Ejército, y hoy ejerce un poder económico-gremial-político de poderosa importancia.

Además de este planteo político nacional en el cual se ajusta al esquema teórico del nacionalismo de izquierda, también concuerda con éste en su apología de la Revolución comunista de Cuba y en la de Lumumba. Así "El Observador" de la primera quincena de marzo del 61 hace un elogio de "Lumumba", y el de la primera quincena de mayo defiende la tesis comunista en un artículo sobre "Cuba y la autodeterminación". Además, como es sabido, ha realizado su política de apoyo al comunismo de Fidel Castro a través de sus agentes en

La Guardia Restauradora Nacionalista invita a Ud. a la **Misa de Comunión Pascual** *que, por la Salvación de la Patria, hará celebrar en la Basílica de Santo Domingo, Belgrano y Defensa, Buenos Aires, el 20 de junio a las 11.*

la Cancillería y en la embajada en Río de Janeiro. Política que cumple también nuestro embajador ante la U. N. (Ver *La Razón* del 20.5.61).

Concuerda, además, Frigerio con el comunismo en el antigolpismo y en calificar de "nacionalismo aristocratizante y reaccionario" al de "Azul y Blanco". (*El Observador*, nº 2, pág. 1).

En definitiva, que el nacionalismo marxista, que defienden pequeños pero activos grupos de intelectuales comunistas y que practican grupos de activistas del primero y segundo grado, Frigerio y sus poderosos agentes encaramados en puestos clave de la finanza, de la publicidad y de la política lo realiza en gran escala y con gran despliegue de poder. Cuando nos referimos a Frigerio incluímos, por supuesto, al presidente Frondizi y a su ministro Vítolo. Este último, tratando de imitar a sus compañeros de ruta, ha encubierto, en su reciente visita a España, su tortuosa y sospechosa actuación con enfáticas declamaciones a "la posición occidental y cristiana" de la Argentina". (*La Nación*, 28.5.61).

Es necesario atender muy especialmente a esta acción que el gobierno ejecuta por medio de Frigerio. Porque esta acción, al no presentarse como comunista, en realidad desarrolla comunismo, sin mostrarse como comunista. Aquí radica, precisamente, el carácter diabólico de la propaganda y difusión del comunismo, que ya fué denunciada por Pío XI en su "Divini Redemptoris". La dialéctica de la acción con la que se segrega comunismo en un pueblo no se presenta nunca como lucha entre comunistas y no comunistas, sino como lucha entre imperialismo y antiimperialismo, entre burguesía y proletariado. Es una acción disimulada y oculta que, gracias a su ocultamiento, penetra con mayor eficacia y sin ser advertida ni combatida.

Hay que trascender todo nacionalismo histórico, económico y político

Hoy aparece con claridad meridiana lo que Presencia viene sosteniendo desde 1948: Si la defensa de los valores de la nación no se hace en el gran marco de la historia y de la vida cristiana, se cae fácil e irremediablemente en las insidias del comunismo, ya que éste, con su poderoso aparato de propaganda, ha logrado acaparar y envenenar todos los temas y actitudes nacionales.

Hay que trascender, por tanto, todo nacionalismo histórico, económico y político. Hay que mirar la historia de los pueblos a la luz de la Teología de la Historia. Ésta nos enseña que el comunismo no es sino una etapa de una Revolución supraeconómica y suprapolítica —la Revolución anticristiana—, que si se cumple también en el plano económico y político de los pueblos, se cumple *superándolos*; y que en este plano, el supraeconómico y el suprapolítico, *no hay sino dos enemigos verdaderamente irreconciliables*: el de la Iglesia y el de la Contra-iglesia —Sinagoga y Masonería—, el de Cristo y su enemigo el diablo. En consecuencia, si la defensa de los valores nacionales no se hace de modo efectivo en el gran marco de la Cristiandad, esa defensa acabará por ser atraída, tarde o temprano, a la larga o a la corta, en el otro gran marco de los enemigos de la Iglesia. Y hoy el enemigo acechante es el comunismo ateo. Todo nacionalismo puramente histórico, económico o político acabará por servir al comunismo.

Presencia.

LOS NERVIOS Y EL CEREBRO DE KENNEDY

He aquí, pues, abriéndose ante el Occidente, el abismo de la coexistencia pacífica. La reunión durante la que —el 4 de junio, en Viena— el presidente Kennedy ha enfrentado su atlética musculatura con la rechoncha humanidad de Nikita hijo de Sergio, no puede tener otro sentido. Norteamérica aflojó en la guerra de nervios a que Rusia la somete desde que el fruto más brillante de la *intelliguentsiia* harvardiana se instaló en la Casa Blanca. El asunto cubano ha sido su última reacción, una reacción que debería llamarse más bien estertor agónico, y en los próximos meses vamos a asistir a la aceleración matemáticamente multiplicada del descalabro de Occidente.

Si los actos de Kennedy tuviesen la pretensión de responder a sus palabras —y aquí me refiero a su discurso del 20 de abril, que Bismarck hubiera podido firmar—, esta reunión no hubiera sido posible. Ello quiere decir que si los americanos alimentasen seriamente la intención de combatir a los rusos y a los chinos en todos los lugares del mundo donde la guerra revolucionaria lleva sus operaciones, Viena tendría que resignarse a seguir siendo un lugar de turismo y un centro de espionaje situado en el punto de junción del Oeste con el Este. No ha sido así, y el Occidente puede prepararse a vivir una serie concatenada de acontecimientos que, bajo el signo de la coexistencia pacífica, nos harán añorar los de la guerra fría. Así como el dinamismo de "John el canchero" nos hace añorar desde ya el inmovilismo del esclerótico Eisenhower.

En el número anterior he examinado, en sus líneas generales, los efectos de este dinamismo en lo que hace al asunto argelino en oportunidad del levantamiento de los generales Salan, Challe, Jouhaud y Zeller. La tesis allí sostenida acerca del error de apreciación y de puntería de la diplomacia americana acaba de encontrar una ilustración resonante con los últimos desarrollos del asunto coreano.

En Corea meridional, hasta el año pasado Estados Unidos, y por vías de consecuencia todo el sistema occidental de defensa, disponían de un partidario incondicional, el presidente Syngman Ree. Este enérgico anciano, que —no lo olvidemos— había pasado veinte años de su vida en las cárceles japonesas y los veinte años siguientes en el exilio, tenía ideas muy precisas acerca de los métodos mejores para obligar a sus administrados a no dejarse fagocitar por los comunistas, métodos que habían revelado su eficacia durante la guerra de Corea al asegurar a las tropas de las Naciones Unidas una retaguardia absolutamente impermeable a la infiltración marxista. La "capitulación" norteamericana de Pam-Mun-Jon no había cambiado la situación, puesto que, como se iba a ver pronto, la presencia de Syngman Ree y de su sistema dictatorial de gobierno eran las únicas cauciones valederas contra el comunismo. Foster Dulles lo había comprendido, y aleccionado por él, Eisenhower, que no comprendía nada, lo había aceptado. Pero su sucesor, el Secretario de Estado Herter, apodado "Christian el parisiense", tenía ideas personales, la más brillante de las cuales consistía en sostener que para hacerse aceptar como guía política y *moral* del campo democrático, Wáshington debía retirar su apoyo a todo sistema de gobierno que, de cerca o de lejos, se pareciera a una dictadura, porque las dictaduras son inmorales. Un corolario de esa extraña concepción política, con la cual el brillante paralítico quería dar visos de "realismo" a su acción diplomática, era que las dictaduras, cuando caen, abren la puerta al comunismo. Si ello fuera cierto, Bismarck, ustedes y yo, en el supuesto caso de que fuéramos secretarios de Estado en Wáshington, nos las arreglaríamos para que dichas dictaduras duraran eternamente, ayudándolas a buscar los métodos de su prolongación más allá de la persona del dictador que, por ser hombre, es mortal como cualquier demócrata. Pero no, Christian Herter y Eisenhower —siempre sin comprender nada, pero empujado por el "parisiense"— provocaron la caída del doctor Syngman Ree y el derrumbamiento del régimen paternalista y vigoroso penosamente edificado por él con el asesoramiento del general MacArthur, del mismo modo que simultáneamente provocaba la caída del sistema occidentalista e incondicionalmente antirruso de los señores Celal Bayar y Adnán Menderés.

De Gurcel y de su camarilla de oficiales robespierristas hablaremos en otra oportunidad. Por el momento estudiemos el caso del doctor John Chang —ex alumno de la Facultad de Derecho de Harvard—, a quien Herter y el general Magruber entregaron la jefatura del gobierno de Seúl. Este buen doctor es lo que más se parece a un radical intransigente que no quiere tener enemigos a la izquierda y considera a toda agrupación de derechas como una caterva de delincuentes comunes y a los militares como unos seres tenebrosos, apenas salidos de las cuevas de Neanderthal. Es una mezcla bastante armoniosa de Kérenski y de Benés, es decir, con toda precisión, un menchevique de primera agua, uno de esos seres, pues, que el diablo hace aflorar de tanto en tanto para facilitar, con el apoyo de la plutocracia internacional, el triunfo del bolchevismo en un lugar determinado. Como, para ser todo ello, hay que pertenecer a la *intelliguentsiia* progresista que tiene sus epicentros en las grandes universidades liberales, el Dr. Chang ocupaba en el corazón de los señores Kennedy, Chester Bowles y Dean Rusk un lugar de privilegio, lo que le permitía proceder a la eliminación de todos los factores de resistencia al comunismo existentes en el gobierno, la administración y las fuerzas armadas surcoreanas, con la colaboración, por supuesto, del cananoico general Magruber. A lo cual la semana pasada los militares surcoreanos, más primitivos que nunca y sin preocuparse por los lamentos del señor Magruber, defenestraron al buen Dr. Chang, encarcelaron a sus amigos, casi todos sacados por él de las mazmorras en que los había instalado como agentes comunistas el general MacArthur, e instalaron en el poder al más neanderthaliano de ellos, el general Chang Do Yung, ex alumno de West Point y de la Escuela americana de Estado Mayor.

Es muy posible que los métodos de la junta militar coreana resulten algo reñidos con aquellos que los santones de la democracia preconizan, pero es evidente que los métodos democráticos habían puesto al país al borde de la catástrofe, ya que los coreanos septentrionales estaban acumulando tropas y material a lo largo del famoso paralelo. Siempre si estuviéramos en el lugar de Dean Rusk, Bismarck, ustedes y yo, y el mismo ex presidente Truman, hubiéramos aprobado la acción del general Chang Do Yung. Pero no, los "hombres de la nueva frontera" —así se califican a sí mismos Kennedy y sus harvardianos asesores— se pusieron frenéticos, y por intermedio del palestinense Magruber ordenaron al general Chang devolver sus tropas a sus cuarteles y el poder al Dr. John Chang. Como, a Dios gracias, Chang Do Yung no estudió en Harvard, ignoró el *ukaz* y siguió encarcelando a los comunistas y otros compañeros de camino. Pero como al mismo tiempo es un gobernante que quiere gobernar, quiso encontrar una vía de arreglo con el gobierno de Wáshington por encima del talmúdico Magruber. Manifestó, pues, la intención de reunirse sin tardar con el presidente Kennedy.

Éste está muy empeñado en no causar la más ligera preocupación a sus admirados de Gaulle y Nikita hijo de Sergio. Al entrevistarse con el "golpista" de Seúl hubiera podido ofender al ex solitario de Colombey; y al aceptar el hecho cumplido, puesto que, obviamente, Chang Do Yung no quería ir a Wáshington para capitular, hubiera provocado la ira del paranoico del Kremlin. Al primero no quiere

ofenderlo, porque recibiendo al general coreano parecería dar un aval *post factum* a los generales argelinos; al segundo no quiere irritarlo porque sabe que en Viena éste va a proponerle la división del mundo en dos zonas de influencia y que en la zona soviética o rusochina tiene que incluirse a toda Corea. Con lo cual John Fitzerald Kennedy, el "joven genio", según Eisenhower, demuestra ser tan menchevique como el mismo Plejánov y tan clarividente como Kérenskiy.

Ahora bien, todo no ha de suceder como Kennedy y sus asesores piensan y como Nikita espera, porque en Estados Unidos empiezan a evidenciarse señales de preocupación que mucho se parecen a manifestaciones de descontento, no sólo en la parte más sana de la opinión pública, sino —lo que es sintomático— en las filas de las fuerzas armadas, y no ha de transcurrir mucho tiempo antes de que estas manifestaciones cuajen peligrosamente para los profesionales de la política, demócratas o republicanos.

Se sabe que el "joven genio" y los "hombres de la nueva frontera" cuentan mucho, para persuadir al mundo de la excelencia de sus concepciones políticas, con su influencia en las Naciones Unidas, lo que, allí donde ese organismo llegó con el consentimiento de Wáshington, es aterrador para el mundo libre.

Las Naciones Unidas, en efecto, fueron el producto de una corrupción mental inverosímil, por cuanto siempre se han basado en el concepto de que pequeños Estados inestables y desprovistos de autonomía real tienen tanta importancia como naciones poderosas o tributarias de una antigua civilización. Con la admisión de esas meras ficciones políticas que son las tribus africanas el organismo se ha transformado luego en una especie de circo ecuestre en el que las vestiduras más rutilantes sirven de manto a las mayores incapacidades y encubren las ambiciones más descabelladas. Estados Unidos, por propia culpa se encuentra encerrado, pues, en el círculo infranqueable de una falsificación de valores a la que él mismo dió origen, porque los políticos americanos son muy a menudo seres irresponsables parecidos a ese conocido mío que falleció por haber confundido el frasco del insecticida con la jarra de la limonada. Incluso el "intelectual" Adlai Stevenson cuando declaraba ante la comisión senatorial de Asuntos Exteriores que lo examinaba como candidato al cargo de embajador ante las Naciones Unidas: "La identidad de las Naciones Unidas con nuestras convicciones más profundas acerca de la naturaleza y del destino del hombre constituye el hecho central que debemos tener presente mientras nos encontremos en un período de tumulto y de fatiga incesante". Tal es la cháchara de un individuo que se refiere a un género humano todavía sin determinar en lo concreto, cuando ha sido comisionado por el gobierno de un país bien determinado para defender sus intereses, en el momento mismo en que este país se ve amenazado mortalmente por una asamblea dispuesta a asaltarlo en la primera oportunidad. Si esto no es imbecilidad, quisiera saber qué membrete se le puede aplicar. Lo comprobaremos con toda nitidez cuando, en septiembre de este año, venga a votación la cuestión de la admisión de China popular en las Naciones Unidas, admisión que dispone desde ya de una mayoría aplastante.

Ahora bien, China popular considerará este "triunfo" como un aval para atacar a Formosa, justamente porque su admisión implica la expulsión de Chang Kai-shë. Éste será para Estados Unidos un día de derrota tan grave, que provocará automáticamente una reacción nacional devastadora. Hablemos claro: semejante reacción puede llevar únicamente al derrumbamiento de las estructuras políticas internas americanas, gravemente deterioradas ya, y este derrumbamiento sólo podrá evitarse mediante el recurso a una dictadura militar. A fuerza de jugar con el frasco del insecticida, Estados Unidos se ha colocado en la misma posición que Corea meridional, y aquello que acaba de suceder al doctor John Chang puede repetirse con el señor Kennedy. Que es lo que más puede esperar Estados Unidos si quiere sobrevivir, y con Estados Unidos todo el Occidente.

En efecto, cuando este mismo presidente proclama la necesidad de una "Argelia independiente", de un Angola descolonizado, de un Congo soberano, de una Unión Sudafricana gobernada por los bantúes, estamos autorizados a sospechar que detrás de su "idealismo" harvardiano forcejea y empuja el muy criminal "realismo" de especuladores que, por encima —quiero creerlo— del "pensamiento vivo" del señor Kennedy, pretenden substituirse a los europeos en un continente en que abundan las riquezas malditas que mueven a los amos del mundo, sin ver que, una vez salidos los franceses, los portugueses y los afrikanders, rusos y chinos serán los únicos usufructuarios de esas riquezas. Rusia y China necesitan, *hic et nunc*, ocupar Asia meridional, Africa y Europa occidental, porque, pese a todos sus Gagarines, llegaron ya al punto extremo de su resistencia interior. Los chinos mueren de hambre por millones, en las tiendas de Moscú no hay pan, carne ni pescado, los húngaros y los rumanos, los polacos y los búlgaros empiezan de nuevo a agitarse, y Jrushchov alimenta serias dudas acerca de la obediencia y de la fidelidad de sus fuerzas armadas y de su policía en caso de graves disturbios internos. Éste es el momento que Kennedy elige para reunirse con él en Viena con vistas al establecimiento de un *modus vivendi* político y económico que permitirá al comunismo mantenerse una vez más con la ayuda de la plutocracia occidental.

Mientras tanto, sin pan y sin vestidos, Rusia logra mantener al Congo en estado de desorden y consigue en el Laos una partición territorial sobre el modelo de la de Indochina y de Corea. Ésta es la razón por la que los amigos de Estados Unidos —entre quienes me cuento y quiero seguir contándome a la espera de que se ponga bajo la égida de sus soldados— miran con

NUESTRA CANCILLERIA

En el editorial que aparece en el presente número se estudia la complicidad de cierto "nacionalismo" en la propagación del comunismo en nuestro país. Allí se hace referencia muy especialmente al "frigerismo", que es la modalidad como se está introduciendo más eficaz y rápidamente el comunismo entre nosotros. Aprovechando la intrusión comunista en Cuba, el "frigerismo" ha tratado de una manera sinuosa de convalidar esta intrusión. A ello obedeció el ofrecimiento que hizo nuestra Cancillería el 4 de marzo de interponer su mediación entre los Estados Unidos y Cuba. Sabido es que la iniciativa de esa política se debía a Frigerio y que fué ejecutada por sus agentes. Es evidente que la intrusión del comunismo en Cuba no es un asunto particular que afecte sólo a los Estados Unidos, y menos en el cual sea posible mediar, como si el comunismo que ha usurpado el poder por el engaño o por la fuerza actuara de buena fe. La intrusión del comunismo en Cuba afecta en primer lugar al pueblo cubano, que es su víctima directa; afecta en segundo lugar a todos los países de Latinoamérica, ya que están amenazados en forma directa por el comunismo que ha establecido su cabeza de puente en Cuba para proseguir su avance hasta la ocupación total de todos nuestros países; afecta en tercer lugar a los Estados Unidos, que van a quedar debilitados en su posición estratégica ante este avance.

Para el que conoce qué es la Revolución mundial que promueve el comunismo —y Frigerio lo sabe bien—, no puede haber dudas de que con él no caben los buenos oficios que son posibles y legítimos con los que obran de buena fe. Cuando un criminal tiene bajo sus garras a su víctima sería ridículo interponer los buenos oficios ante el criminal como si éste pudiera creerse afectado en sus derechos. Con un intruso y criminal no cabe tratamiento honorable.

De este "frigerismo" adolece también la posición que defiende nuestro embajador en la U. N. Esa posición se halla sustancialmente basada en la defensa del principio de no intervención. En primer lugar, hay que señalar que el carácter de *principio* que se le asigna a esta defensa contraría el secular derecho cristiano. Los pueblos, como los hombres, son solidarios unos de otros. Y cuando un pueblo cae víctima de una grave y sistemática aberración, y mucho más cuando ésta es exterior, hay obligación de socorrerle. Por ello el *Syllabus* condena la proposición 62, que dice: "Se ha de proclamar y guardar el principio que llaman de *no-intervención*". Es claro que el liberalismo, que inventó este principio, lo aplica hipócritamente dejando de intervenir cuando lo reclama el derecho cristiano, e interviniendo, en cambio, cuando no lo reclama. **La reciente actuación de la U. N. en**

preocupación a un gobierno en el que un Adlai Stevenson y un Chester Bowles patrocinan el arreglo con Mao Tsë-tung sobre la base ridícula de dos Chinas coexistentes. La exclusión de China popular de las Naciones Unidas quizá haya sido un error —pero ello queda por demostrar—, pero lo fue mucho más que dicha exclusión invocara, para sustentarse *jurídicamente*, la tesis puritana de que China popular no era un país "amante de la paz". ¿Qué país es amante de la paz cuando tiene medios para hacer la guerra, cuando la guerra es su último medio para imponerse? ¿Qué clase de hipocresía es esa de aceptar a Rusia y de rechazar a China, como si aquélla fuese más limpia que ésta en materia de violación de tratados, de invasión de territorios ajenos, de genocidios y otros crímenes contra el derecho de gentes? Nada en esto resiste al examen de la razón, del buen sentido, del realismo político, ni siquiera de la moral que los americanos pretenden colocar por encima de todo. Si es moral aceptar a Rusia y rechazar a China, quiero que el rector de la universidad de Harvard me indique el tratado de ética general en que semejante concepción se fundamenta. Incluso, si debe fracasar y llevar a un recrudecimiento de la guerra fría, la reunión de Viena, por el sólo hecho de haber sido aceptada por un presidente americano, es más que un error, es una estupidez criminal. Y si logra su objetivo, es un crimen contra la humanidad, porque *a la actual situación del mundo la coexistencia pacífica es aquello que la revolución de Febrero fue a la revolución de Octubre: un camino directo hacia el triunfo universal de la subversión comunista.*

Nuestros fabricantes de remedios contra el comunismo actúan exactamente como aquel Alejandro Kérenskiy que en septiembre de 1917, para defenderse contra el inminente golpe de Estado bolchevique, no encontró mejor medio que hacer encarcelar por traición al general Kornílov, único gran jefe del ejército ruso dotado de energía y de clara visión de la situación. Como aquel payaso, pronuncian discursos hermosos sobre las fuerzas morales de la democracia que, en efecto, deben ser muy eficaces, si tenemos en cuenta aquello que sucedió en Europa oriental y centrodanubiana a partir de 1945, luego en Corea y en Indochina, y aquello que está sucediendo ahora en Argelia y el Congo, en el Laos y Cuba. Cuando, por no se sabe qué casualidad, deciden lanzarse en una acción "positiva", envían a la matanza a quienes tienen todavía la ingenuidad de creer en ellos, como ha sucedido en Cuba, que el *brain trust* harvardiano ha pretendido "liberar", olvidándose simplemente de consultar al Pentágono...

Ello figura claramente especificado en la entrega del 23 de mayo de 1961 de la revista *News Week*, donde se habla sin tapujos del "descontento de militares de alto rango" contra el papel que juegan en los asuntos militares "científicos de ideas confusas, *idealistas* del Departamento de Estado e intelectuales de la Casa Blanca", y donde se subraya sin el mínimo reparo que "esos jóvenes están procediendo precipitadamente sin consultar a los jefes del estado mayor, lo que podría llevar a un desastre". Los más eminentes de estos "jóvenes hombres de la nueva frontera" son Paul Nitze, *secretario adjunto de Defensa para seguridad internacional*, el asesor científico Jerome Wiesner, los asesores políticos de la Casa Blanca McGeorge Bundy y Walter Rostow, y el propio Secretario de Defensa, Robert McNamara. La revista especifica que el descontento de los aludidos militares de alto rango, lejos de acantonarse en el terreno de los lamentos, evidencia la voluntad de buscar desde ya soluciones a esta situación y de imponerlas al gobierno. Lo que surja de esta voluntad lo veremos después del coloquio de Viena, y sobre todo cuando la admisión de China popular en las Naciones Unidas haya surtido en Norteamérica las consecuencias previstas más arriba. En el triunfo de esta voluntad radica ahora la única esperanza de salvación del Occidente y de la Cristiandad.

José Constantino.

EN EL CASO CUBA

el Congo y en Angola prueba esto con elocuencia.

En el caso concreto del pueblo cubano, que ha caído víctima, como decíamos anteriormente, de la insidia criminal del comunismo soviético y chino, la defensa de este principio equivale a la condenación de este pueblo. Porque ¿sobre qué base jurídica liberar a ese pueblo si se erige este principio de la no intervención? ¿Con qué lógica nuestro embajador en la U. N. apela a "nuestra tradición de nación católica de origen hispánico", si en la realidad de los hechos deja entregada sin remedio una nación católica al comunismo ateo?

Es cierto que el embajador habla (ver *La Nación* del 21.5.61) de "la condenación categórica de las interferencias efectuadas por la Unión Soviética...", pero todo esto no queda sino en un verbalismo huero si el intruso criminal, amparado en el principio de no-intervención, continúa oprimiendo a su víctima.

Hasta aquí nos hemos referido a nuestra Cancillería, y en especial a Frigerio como promotor de esta peligrosa y ambigua política, y al embajador en la U. N. como a su defensor. Pero es claro que detrás de todo esto está el presidente Frondizi. Por ello es bueno recordar lo que adjudica *La Prensa* del 18.5.61 a Santiago del Castillo en el discurso que a favor del comunismo de Cuba pronunció en Villa María. Leemos allí: "Con respecto al presidente argentino, sostuvo que creía que el doctor Frondizi era un hombre profundamente honesto, pero sin carácter, y que era probable que en su intimidad estuviera con Cuba, pero que, por falta de confianza en el pueblo, no ha sabido confesarlo".

Tanto Frigerio, a quien corresponde la iniciativa de nuestra Cancillería en esta cuestión, como nuestro embajador en la U. N., que se ha hecho su paladín, como Frondizi, que está activamente moviendo toda esta política criminal y atentatoria contra el derecho cristiano, observan, por lo demás, una actitud que debe ser calificada de hipócrita. En efecto, condicionan la política en el actual problema cubano a una pretendida solución que tocaría "el fondo de la cuestión económico-social en América latina que es un problema de subdesarrollo". (Ver declaraciones del Presidente en Bolivia el 26.5.61; del embajador en la U. N., *La Nación*, 21.5.61; de Frigerio en *El Observador*, nº 2).

Pero es ésta una condición engañosa. En primer lugar, porque los que la formulan representan la adopción de una política de austeridad sólo para el sector asalariado, la cual en la Argentina desarrolla comunismo. Segundo, auspician una solución al subdesarrollo que se basa en la importación de capital extranjero, que, como es sabido, por el juego dialéctico, también desarrolla comunismo. Tercera, quieren fincar la razón de ser del desarrollo del comunismo en condiciones económicas, cuando ella se basa sobre todo y primeramente en la libertad con que operan los elementos subversivos que se reclutan en la clase acomodada, que son financiados por el gran capital internacional y nacional y estimulados por el gobierno.

Estamos de acuerdo en que debe promoverse una política efectiva de elevación del nivel de vida de los pueblos americanos. Pero ello debe hacerse siempre, independientemente de que haya o no amenaza comunista. Porque un gobierno como el actual de la Argentina, que invoca razones económicas de *un futuro desarrollo que nunca se produce*, para someter, mientras tanto, al hambre a la población asalariada —con lo cual desarrolla comunismo—, no puede de buena fe sostener que no se debe desalojar al comunismo que se ha introducido ya en América latina si antes no se produce una política de desarrollo que eleve el nivel de vida de esos pueblos.

La intrusión del comunismo soviético en Cuba, y a través de Cuba en toda América latina y también en la Argentina, debe ser combatida y eliminada urgente e incondicionalmente, sin apelar a maniobras dilatorias e hipócritas de ningún género. Sólo así se demostrará en los hechos "nuestra tradición de nación católica de origen hispánico" que se profesa en las palabras.

Julio Meinvielle.

LAS TRES RANAS

El Sexto Ángel derramó su taza en el gran río Eufrates...

Y vi salir de la boca del dragón, y de la boca de la bestia, y de la boca del falso profeta, tres espíritus inmundos en figura de ranas.

Porque éstos son espíritus de demonios que hacen prodigios y van a los Reyes de toda la tierra con el fin de coligarlos en batalla para el día grande del Dios Todopoderoso... (Apc. XVI, 12-16).

Tres gigantes ranas saltarinas vomita el satánico monstruo marino a la escena del mundo, y enlazadas sus manos danzan el rito hierofánico de la trinidad diabólica [1].

Sus elásticos cuerpos viscosos y sacrílegos dibujan acrobáticos prodigios y croan, croan, croan, errores y plagas, mientras dura el tiempo medido y señalado.

La ininteligibilidad del coro de insistente monotonía congrega, subyuga, embriaga en la noche oscura a hombres de toda raza;

los amalgama en exaltación frenética y los lanza a la lucha contra "El día grande del Dios Todopoderoso".

Es "El Ejército de Satán" que se ha puesto en marcha a través del Eufrates disecado, que entrega su vientre gigante para la ruta de la "abominación de la desolación".

Y es Europa, Asia, Africa, América y Oceanía, el Artico y el Antártico, removidos desde sus entrañas, que engrosan las fuerzas heréticas y son lanzadas a la formidable batalla continental y cósmica.

Las tinieblas se han acumulado sobre las aguas lacustres, pantanosas y mancilladas. El monstruo marino —parodia trinitaria— croa con saliva y barro la caricatura de tres ranas. Separó agua de agua, delimitó tierra de tierra; y sobre estos escenarios continentales deja ahora danzar las improvisaciones de estos anfibios, como puentes aéreos invisibles de argonautas.

Los cuatro vientos cardinales proclaman sus gritos guturales, vacíos de sustancia, expresión oscura y confusa, dicción inefablemente impúdica, ruido de vientre hinchado, que no dice nada.

Su proliferación rápida y abundante inunda todas las aguas, invade toda la tierra, no deja un rincón sin meterse, conquista el espacio y el tiempo en toda la diversidad de planos dimensionales.

Propagan su doctrina en los atrios y academias. Distribuyen sus diversiones en las plazas y en los parques. Deleitan en la literatura y en el arte. Chismean en los periódicos y en las revistas; y hablan, hablan vulgaridades en las calles y en los cafés, en las aglomeraciones y reuniones sociales. Las salas de conferencias y los parlamentos son sedes de sus sabidurías vacuas, y las avenidas, de palabras estúpidas y vanas.

La psicosis colectiva prendida en la masa empuja vertiginosamente al deseo neurótico de salvación por los trabalenguas de la palabra, bajo la maravillosa luminosidad arti-

ficiosa de lámparas mercurianas que entusiasma y torna el ámbito de una atmósfera lunática.

Primera Rana: el modernismo

La primera Rana salta de Bestia II a escena. Es la rana de la herejía modernista que gesta del agua y del barro el liberalismo y el comunismo, y "sintetiza todas las herejías".

Su naturaleza incomprensible elabora todos los errores heréticos en una perversa y novedosa alquimia teológica, litúrgica, catequética, filosófica, artística y vitalista, la nueva espiritualidad, la nueva mística: la modernidad.

La elasticidad y viscosidad resbaladiza y fofa de la rana, difícil de agarrar, manifiesta el orgullo de hincharse como el buey de la fábula; su mentiroso cuá cuá que engaña en la sombra, la frialdad sutil de una sistematización filosófica pedantesca y simpatizante, inconsistente y frágil, y la estética fascinación materialista lograda por la connatural maravillosa magia pseudomística.

El filosofismo del "Siglo de las Luces" fundamenta su carácter materialista y ateo. Su temática, el materialismo dialéctico, lo gesta el Nominalismo Ockamista, que construye una mentalidad sin fundamento en la realidad ontológica; un mero "flatus vocis", grito vacío, como el croar de la rana, minimiza el mundo real, con apariencias de ser y verdad.

Repudia la razón y amalgama un racionalismo, positivismo, pragmatismo, fenomelogismo sin analogía alguna, constituyendo el absurdo de la vida intelectual.

Su incidencia en lo teológico retorna la vivencia religiosa al paganismo y a la superstición, prostituye interiormente la naturaleza de "El Gran sacramento de la Iglesia", negando su dogmática, como una incoherencia. Y elogia estéticamente sus signos y símbolos, metamorfoseándolos por otros, de una índole abstractista-gnóstica, contrarios al sentido connatural del conocimiento y a su raiz ontológica.

"Los filósofos iluminados" son incapaces de comprender la certeza de las verdades de fe.

Se inventan, en cambio, religiones laicas y se postulan mitológicas formas de la bondad original de la naturaleza, de evolución creadora, de mística panmaterialista, de progreso indefinido, de reencuentro del Paraíso Perdido, del mito del Eterno Retorno.

Se erigen, en consecuencia, ídolos verbales en las pseudocátedras de la sabiduría que se encarna en el nuevo hombre del "humanismo integral", caricatura de Cristo.

"La soberbia de la vida" los coloca *más allá* del bien y del mal, manifestándolos pseudocristos y anticristos. "Abominación de la desolación", la idolatría es el festival de la soberbia.

La plataforma sacramental se impone como dogma:

Adoración del hombre, desplazando a Dios. ATEÍSMO.

Adoración de la naturaleza, tergiversando a Cristo y a su cuerpo místico: la Iglesia. PANTEÍSMO.

Segunda Rana, o el liberalismo

La otra rana sale de la Bestia I y croa: Libertad, Fraternidad e Igualdad. Es la rana política y social. La rana renacentista y naturalista, que infatuada de herejía liberal, ha salido del agua para fundar la nueva ciudad del hombre nuevo en el territorio descubierto.

La postura teologal de la Reforma Protestante y sus variaciones con su Libre Examen y su tesis famosa de la justificación por la Fe sin obras y la libertad cristiana, influye en el proceso filosófico del idealismo moderno, concretándose en el filosofismo del siglo XVIII. Posibilita el resurgimiento de esta rana herética, que pronuncia la triple proclama: Individualismo, Humanismo, Antropocentrismo, escriturada en la Carta Magna del mundo moderno.

La concepción novedosa del hombre y de la vida da un giro totalmente contrario al sentido cristiano y teocéntrico.

Automatiza al hombre sobre los órdenes social y moral, lo encarna y lo postula, como logos, medida, razón de todas las cosas en su ordenamiento social, político y religioso. Desplaza a Dios, centro del universo; asignándose como tal, con el deseo incontenido de gozar de la felicidad terrestre, mediante la emancipación de su espíritu del orden natural y sobrenatural, subvirtiéndoles en su proyección trascendental con la concupiscencia de los ojos, la conquista y el dominio de la materia, el espacio y el tiempo.

El ideal liberal desciende de las "camarillas intelectuales" y toma cuerpo en el pueblo. Su autenticidad humana padece toda la impronta de los aconteceres históricos. Concretiza la abstracción ideológica en una vivencia incontenida, produciendo el conflicto y la discordia entre la idea y la praxis, el individualismo y el colectivismo.

La grita pavorosa de las turbas desenfrenadas, opuestas a todo orden, asalta en su embestida toda contención natural y arrasa con todas las rejas de las innumerables "Bastillas de todos los tiempos".

La fuerza salvaje de su libertad profanada arrebata el territorio descubierto, y la bondad de la naturaleza, fascinados por la consagración de una primavera zoológica y laica primigenia.

Se tergiversa la valoración teológica y metafísica. Los derechos del hombre y del ciudadano se proclaman en el monte sacrílego de la Trinidad Diabólica, como nuevos mandamientos.

La liberación por la existencia total se cumple en un "pléroma cósmico". Se inventa ineludiblemente la idea de felicidad y su estilo; y se estructura una comunidad utópica de seres buenos, tan sólo buenos, por la energía mágica del misticismo biológico de las filantropías.

Ya es mediodía. La rana báquica salió a abrazar los cuerpos desnudos al sol del Porvenir maravilloso. La incandescencia de ese sol Apolíneo en un contacto mecanicista e irracional de vida los sumerge en las aguas sacrílegas y frías de la profanación, y se traga el lago.

Tercera Rana, o el Comunismo

La tercera rana sale del dragón y croa por los bajos fondos con gritos inenarrables de mujer-bestia parturienta. Se gesta en el tiempo una utópica maravillosa edad de oro, en el Paraíso de Delicias, al reencontrarlo en el centro de la tierra.

Es la rana comunista atea, que provoca violentamente la rebelión de las masas humanas adheridas en un cuerpo ob-norme, para abrazar la tierra de Dios.

Esta raza de hombres marcha con la inquietud, la insatisfacción, la injusticia, el odio clasista, la angustia desesperada, la solicitud hambrienta de hallar la valoración integral y absoluta de la existencia terrenal, porque el mundo ya le es insoportable.

Se rebelan contra su misma limitación de satisfacción y de posesión.

Se desentienden de Dios, con el deseo de ser absolutos poseedores de las cosas, desde sus raices agotándolas.

La intolerancia y la crítica suprime la sobrenaturalidad de la religión y elabora la propia, absuelta de Dios. Determinan su dogmática vitalista. Exalta la vida a un misticismo materialista. Y sostienen que en la tierra se da la única posibilidad de transformación física y ontológica de su propia naturaleza, con prerrogativa de divinidad.

La gran rana ha subido al montículo, juzga al Cristo como el peor hereje, el impostor, el infame, el maestro que enseñó el contrasenti-

POESIA

¿Cuándo asomará el imperio?
¿cuándo el tiempo pasajero,
horas de amor subirá al cielo?

¿Cuándo nos detendremos
para avanzar en lo eterno?
¿o es que sólo queremos
pasar para estar sirviendo?

Tú, yo, aquél sediento,
de aguas que tú, que yo,
que aquél,
llevamos en gota o en torrente
pero bien, bien adentro...
tú, yo, aquél,
nosotros, todos de ojos —desvelo,
manos en rezo juntemos.
hemos de sostener un Imperio,
crear hemos, un monasterio
de flores en corolas de ensueño,
y un castillo de pétalos;
y un camino ya hecho
viejo, muy viejo
hay que caminar de nuevo;
y un orar en Evangelio
tú, yo, y aquellos
sosteniendo nuestro Imperio.

Por los que hoy nacieron;
por los de ayer: prisioneros;
por los que ya se fueron;
por los de siempre;
tú, yo, aquéllos: Imperio!!

FRANCISCO JOSÉ FIGUEROLA.

(Del libro "MIS RAÍCES", 1961).

PRESENCIA

Aparece el 2º y 4º viernes de cada mes

Independencia 1194 T. E. 26 - 3265

Dirige JULIO MEINVIELLE

Se imprime en casa de don Domingo E. Taladriz, San Juan 3875, Bs. Aires.

Precio del ejemplar .... $ 10.—
Suscripción a 16 números .... $ 150.—

do de la vida, con la planificación paradójica de sus Bienaventuranzas contradictorias, inadmisibles e impracticables.

Critica a la Iglesia de capitalista y burguesa, y su dogmática absurda, irrazonable e incapaz de solucionar la problemática humana.

Obligados por una necesidad ineludible y congruente, se decide a matar a Dios: ¡Dios ha muerto!, proclama rasgándose las vestiduras. Y la grita de la muchedumbre enardecida asciende, como una oración sacrílega: "La religión es el opio del Pueblo".

Las tinieblas se apoderaron de los hombres, y la religión es el mero sol ilusorio, que gira alrededor del hombre, y desde ya el hombre deberá girar en torno de sí mismo.

"El manifiesto" se clava como un estandarte, y todos comprenden el programa: "Proletariado de todos los países, uníos".

La tierra será nuestra definitivamente. La doblegaremos a nuestra fuerza por la ciencia y la técnica. Se entregará a nuestro deseo y requerimiento; le comunicaremos y engendraremos nuestra felicidad.

Se construirá la ciudad nueva, bajo cielos nuevos, conquistados por el enjambre de satélites humanos. Descifraremos la clave de la historia y su criterio. El hombre será el génesis del mundo nuevo.

Socializaremos la persona y el espíritu, por la dinámica de la naturaleza, el proceso económico y la lucha de clases. El trabajo es esencial y constituye todo el contenido de la realidad. Su objeto es la naturaleza total, con la idiosincracia de lo comunitario. "Todo trabajo de los trabajadores es producto social". La supresión de la propiedad privada y del estado será de urgente necesidad, para que el proletariado ejerza por sí mismo el poder político, a fin de vivir comunistamente feliz, para siempre en la humanidad.

Ha llegado el tiempo previsto. La Rana comunista atea ha susurrado sibilinamente como una serpiente en las tinieblas oscuras, su profecía escatológica:

El Nuevo Mesías: El proletariado, reinará en el nuevo mundo.

La Ranería Democrática
(Epílogo)

La turba plebeya salió al encuentro de Las Tres Ranas. Se han calado las máscaras batracias, levantan sus cabezas con ojos saltones, y de sus bocas enormes desdentadas croan, croan, croan, el ruido populachero democrático y "vano". Todos somos iguales, somos iguales... La rebelión de las masas se ha operado.

Se acercan a las lagunas sacrílegas y pescan. Las innumerables ranas saltan de aquí para allá en piruetas humorísticas y caen luego sádicamente en las bocazas de esas máscaras fetichistas como suculento manjar de herejías.

Todo se asimila a las ranas: ¡comunión pantagruélica infame!

Sentadas sus panzas en el barro viscoso, parecen una reunión de burgueses satisfechos de sus pitanzas, que fuman habanos.

Sin embargo, el complejo de sentirse ranas las inquieta y las fastidia, y quieren hincharse como bueyes, para reventar de orgullo fallido.

Das Kapital y los Gourmets

Las ranas es un plato exquisito —comentan con satisfacción los buenos gourmets.

Ciertamente es un plato caro. No obstante, no hay problema económico. El Caballero Negro cabalga con su balanza, cabalga por la ciudad distribuyendo justicia y repartiendo su "Capital" (Das Kapital).

Nadie dejará de comprar ranas, ninguno se privará de comerlas.

El dinero es suficiente para alimentar al mundo entero.

Servido el banquete del ateísmo y de las herejías, se celebra la prostitución, la orgía bestial, se festeja el sacrilegio en la noche de pecado de gula.

La gula está al día, también se trata de otra gula metafísica, más sutil e indigesta que la otra.

Mientras tanto el Caballero Blanco —El Cristo— vendrá como ladrón, para reunir a todos en el campo de Armagedón —el llanto de Esdrelón—, campo de las grandes batallas catastróficas.

¡Oh insensatos! Hasta tal extremo llega vuestra insensatez. Tras la iniciación por el Espíritu, ¿buscáis ahora la consumación por la carne? (San Pablo, *Gálatas*, 3, 3).

SIMÓN IMPERIALE.

[1] El presente trabajo es la síntesis del comentario a la 37 xilografía de Víctor Delhez. Sexta Copa: Las Tres Ranas.

[2] Se conjugan aquí dos planos: el modernismo teológico o dogmático, condenado en "La Pascendi" de San Pío X, y la modernidad histórica.

UN «NACIONALISMO» INSTRUMENTADO POR EL COMUNISMO

Cada día que pasa en Argentina el comunismo obtiene un avance, ya sea por penetración directa, ya porque la astucia de su acción consigue que se reduzcan o se anulen las defensas naturales que se les puede oponer. Disfrazado bajo el tema de la revolución cubana —principal arma de penetración actual—, va envolviendo en sutil táctica a "todos los ambientes, aun los mejores" (Pío XI). Reducto tradicional contra el comunismo ha sido el nacionalismo. Pues bien, tan poderoso y tan engañador es el despliegue de esa acción, que el nacionalismo argentino está en vías de declinar y capitular como reacción *efectiva* frente a la penetración bolchevique. ¿Por qué?

No actúa el comunismo del mismo modo en todos los lugares. La praxis exige un adecuado método para cada distinta realidad. No son idénticos los problemas en América que en Francia o en el Africa. Ahora bien, en su avance en nuestro país el comunismo se encuentra con distintas realidades ideológicas, políticas y sociales: desde el liberalismo conservador hasta el socialismo democrático. Y también halla al nacionalismo. El comunismo sabe que el liberalismo, como ideología y como realidad social, cualquiera sea su forma, está definitivamente superado; sabe que ha muerto irremisiblemente. No se ha de servir de él directamente para penetrar porque no tiene vigencia alguna. Al contrario, sabe que los pueblos —incluído el argentino— tienen una particular sensibilidad por el hecho nacional. Sabe que la idea de una reivindicación nacional frente a los países que invariablemente ha herido la soberanía desde distintos puntos —social, económico y político— puede arrastrar a las masas y de hecho las arrastra. Entonces la idea nacional, que en sí nada tiene de ilegítimo, debe ser aprovechada por la prédica comunista: el comunismo se vuelve nacional y aprovechará el nacionalismo porque ése y no otro es el obligado camino de penetración en países que como el nuestro tienen un fuerte sentido de lo nacional arraigado precisamente en el mismo pueblo. Entonces la acción comunista tiende a polarizarse en dos puntos: por una parte, dejar que la acción imperialista se desarrolle en toda su extensión, y por otro lado procurar que la reacción nacional que se le oponga tenga su signo. Esta última tarea de copamiento la cumple en dos frentes distintos: el primer paso es captar las banderas. Este efecto se va cumpliendo lentamente. Así, el Castro comunista es presentado como el arquetipo de la soberanía nacional y de la justicia social, y por allí se deja la impresión de que las banderas nacionales son patrimonio exclusivo de la izquierda. Por otra parte, se encuentra en Argentina frente a un movimiento nacionalista de signo no marxista. Por tanto, segundo paso, acoplar ese movimiento a la tendencia comunista, o, de no poderse, neutralizarlo.

El comunismo capta al nacionalismo

Quien crea que el comunismo se presenta con una etiqueta que lo haga reconocer por tal, se equivoca. Esa es, precisamente, la forma en que el comunismo no avanza. Tampoco consiste en la prédica de una doctrina. No se trata de una escuela de filósofos. La doctrina se enseña a los dirigentes y éstos la utilizan para guiarse en *la acción práctica;* la extensión de esa práctica es lo que constituye el comunismo y no la difusión de una doctrina. Al comunismo no le interesa que haya más comunistas, es decir, más teóricos. Le interesa que haya más gente que obre como él quiere sin que sepa la teoría y aun diciéndose anticomunista.

¿Cómo llega esa práctica hasta el nacionalismo y lo envuelve? El comunismo elige —y elige mediante una táctica cuidadosamente estudiada— un adversario. La propaganda muestra ese adversario y dice: "contra *éste, con todas las energías y ahora*, hay que atacar". Tres elementos, pues: 1) el adversario, 2) contra él con todo, 3) en este momento. El comunismo ha elegido en nuestro país hace rato ese adversario y la orquestación de la propaganda concita a dirigentes y masa a ponerse en su contra. A propósito de Cuba, el adversario que se presenta son los Estados Unidos, y contra él y ahora hay que estar. Se delimitan dos campos: imperialista y antiimperialistas, y la propaganda vuelca todo el peso de su aplauso a favor del último. Esa misma propaganda mueve a todo el mundo a tomar posición.

La propaganda no muestra la tiranía de Castro, pero sí indica cuál es el opresor de Cuba y de América. Muestra sólo a Estados Unidos, al imperialismo, e invita a resistir a EE. UU. como lo han hecho los cubanos.

¿Cómo cae el nacionalismo en esto? Uno de los campos que fabrica el comunismo es el antiimperialista, y precisamente el antiimperialismo ha sido bandera tradicional del nacionalismo. Preocupados por la prepotencia anglosajona, mentalmente el nacionalismo está

acostumbrado a ser antiyanqui. Y como en 1930, en 1961 sigue viendo en Estados Unidos el enemigo de los pueblos hispanos. Esta posición es cierta y legítima. Pero lo que nadie puede imaginarse es que poner hoy el acento en esa posición casi exclusivamente es favorable al comunismo.

Así, el nacionalismo cae dentro de la táctica comunista en la medida en que está *contra* el imperialismo, *con todas sus energías y ahora*, o sea en el momento preciso que la táctica decide. La dialéctica funciona a la perfección. No le importa ni interesa al comunismo que la lucha sea legítima, que se luche contra injusticias notorias, que se combata con altura. Le interesa el *esfuerzo*, contra el *mismo adversario* y en el *mismo momento*. Le interesa que el nacionalismo denuncie como responsable nº 1 de la injusticia nº 1 a aquello que la propaganda denuncia como tal. Esta presenta al imperialismo norteamericano como el enemigo. Y el nacionalismo, entonces, sin saber a quién sirve en realidad, lleva aguas para el molino comunista en la medida que dirige todos sus esfuerzos a combatir a ese adversario que la propaganda elige y le presenta. Será diabólico, pero es así.

Veamos, en concreto, cómo pasan las cosas. La prédica comunista ha presentado a Cuba como la esencia del antiimperialismo. Hay que estar por o contra Cuba, que viene a ser estar por o contra el imperialismo. Ante la elección, algunos nacionalistas se definen por Cuba. Afirmamos rotundamente que esos tales son comunistas; y si no lo son, desarrollan una acción favorable al comunismo. Otros quedan paralizados: no se animan a definirse, hacen distingos. Ven cosas buenas y cosas malas. Rehuyen una definición contraria porque temen que se los tome por pro-yankis. Otros dicen: "no es nuestra revolución". Estos dos últimos han sido anulados por la táctica comunista. Ya no son enemigos de la penetración bolchevique. Les falta una definición positiva. Aclaremos: no una definición positiva a favor de los EE. UU., sino una clara definición contra Castro. En la medida en que se dude y se calle, en la medida en que no haya definiciones tajantes y netas frente a Castro y frente a las tácticas comunistas, se está colaborando, aunque no sea más que pasivamente, con la invasión roja.

El nacionalismo se acerca al comunismo

La captación del nacionalismo por la dialéctica no se produce por la sola eficacia de ésta. Hay, dentro del nacionalismo, factores que favorecen esa captación.

Los grupos nacionalistas que empezaron a actuar por el año 30 presentaban una clara definición católica. Esa concepción del mundo y de la vida llevaba a reivindicar lo nacional entendido esto en su justo y recto sentido. Era la defensa de los elementos de cultura y tradición insertados en el ser nacional por herencia hispánica. Frente a esa realidad atacada por el extranjerismo que imponía sus costumbres y su concepción del mundo, el nacionalismo oponía el catolicismo, en el que se insertaba y defendía la nación. La razón de ser de este movimiento estaba en el catolicismo. Porque la nación como cosa desvinculada de lo católico puede ser defendida tanto por un liberal como por un marxista. Dígase lo mismo del pueblo.

Diversas circunstancias hicieron que lo católico se perdiese o pasase a segundo plano, y sin ello el nacionalismo pudo ser estructurado y defendido dentro de un esquema marxista. Tito y Castro son ejemplos de ese nacionalismo comunista. En nuestro medio esa tendencia, derivada de perderse la superior concepción católica, desemboca en el nacionalismo de izquierda.

La falta de una sólida enseñanza doctrinaria ha arrastrado hacia esa tendencia a no pocos jóvenes nacionalistas y defendiendo lo "nacional y popular" se han deslizado, sin saberlo ni sentirlo, hacia el campo socialista. Mentalmente van recibiendo un "lavaje de cerebro": lo hemos comprobado cuando el año pasado, en torno al tema de la propiedad comunitaria, algunos han sostenido netas posiciones de izquierda. En el terreno práctico la situación es más notoria todavía. Hay grupos que afirmaron que "sus fusiles estarían donde estén los de la revolución cubana", y otros, como ya antes dijimos, se quedan como paralizados, como en contradicción mental que no llegan a resolver, dudando si aquello es bueno o malo, o si malo con algo bueno.

Ante ese panorama de confusión, de tendencia hacia la izquierda, de falta de formación, no es difícil explicar que la dialéctica puede ejercerse cómodamente y sin tropiezos.

Cuando el círculo de hierro del comunismo se vaya cerrando, cuando desaparezcan las astucias de la dialéctica, entonces se verá lo que no se quiere reconocer hoy en toda su magnitud: que el enemigo primordial es el comunismo, que a él hay que atacar, y que en la denuncia de su penetración y de sus colaboradores eventuales, directos e indirectos, ha de ponerse todos los esfuerzos y todas las energías. Con el comunismo, con las formas engañadoras del comunismo, como Cuba, con los neutrales, con los dubitativos, con los expectantes, con los prudentes, no puede haber compromiso, ni conversación, ni colaboración. Hacerlo, es inmoral. O traidor.

El nacionalismo puede y debe escapar de la acción del comunismo. Puede y debe ser, *efectivamente*, el primer anticomunista. Para ello tiene un solo camino: insertarse en una visión estrictamente católica de la política, y desde allí, en pie de combate, sin descanso, enfrentar y denunciar al verdadero enemigo.

JORGE LABANCA.

CONINTES E INTELLIGENTZIA

"Trono para los principios, cadalso para las consecuencias".

No es la coherencia el rasgo que más caracteriza, en general, a nuestros políticos "democráticos" y a quienes afanosamente se empeñan por serlo. Frente a la línea comunista —de mil inflexiones tácticas, pero tenazmente enderezada a sus capitales objetivos estratégicos—, el frente anticomunista de signo demoliberal exhibe una impresionante falta de articulación entre sus propósitos declarados y sus actitudes prácticas. Si se intentase diagnosticar la situación de los mencionados políticos, nada sería tal vez más apropiado que decir que a lo más dan palos de ciego, lo que parecería apenas ridículo si no fuese causa de que el avance comunista resulta promovido por tanto desatino táctico de quienes, sin reconocer algún parentesco común con los marxistas y cierto bien reconocible aire de familia con ellos, se proclaman sus adversarios.

Estas reflexiones son sugeridas por una situación que se halla paradigmáticamente concretada en un hecho, del que dieron cuenta hace algún tiempo los periódicos y que inviste la significación de un símbolo.

Según tales versiones periodísticas, el doctor Silvio Frondizi, comunista confeso, director e inspirador del grupo "Praxis" de Izquierda revolucionaria, había formulado enérgica protesta [*sic*] por la detención de su chofer por orden del Comando Conintes. No ha trascendido periodísticamente qué curso y tramitación se haya impreso a la protesta de este hermano del presidente de la República.

Vale decir que el aparato represivo puesto en ejercicio por el Conintes funciona contra el chofer de don Silvio, a quien el costo de la vida, tan liberalmente acrecido gracias al celo austerista del ingeniero Alsogaray, no le impide costearse un servicio al que muchos oligarcas convictos han renunciado hace ya tiempo por demasiado oneroso. El modesto ciudadano común —the man in the street—, informado con cuentagotas por la prensa "libre" y "legalista", se ve en la imposibilidad de saber a qué extremos habrán llegado las investigaciones del Conintes sobre la participación del chofer de marras —solidario del prestigio del ubicuo apellido de su patrón— en las actividades terroristas y subversivas de la guerra revolucionaria en Argentina, pero no deja de alimentar una bien justificada curiosidad por averiguar si don Silvio ha sido alcanzado por alguna medida, no digo represiva, pero sí apenas inquisitiva. Pues ocurre que este miembro de la familia oriunda de Gubbio enseña Derecho Político con manifiesta orientación comunista en la Universidad Nacional de La Plata, donde, debidamente rentado por el Estado argentino, forma los equipos intelectuales dirigentes de la guerra revolucionaria, sin que nadie ni nada interfirieran su gestión docente, amparada por la sedicente "autonomía universitaria"...

Tan paradójica situación puede resumirse así: cátedras oficiales para el "jefe"; Conintes para el chofer.

CARLOS RIVAS.

SUMARIO